

Notas sobre un betanceiro olvidado

Miguel Baena Martínez

LVC

Miguel Manuel Liberto Martínez nació en Betanzos a las cuatro de la tarde del día 30 de diciembre de 1887, siendo sus padres D. Antonio Baena Encinas, telegrafista, y D^a Obdulia Martínez Santiso.

Fue doctor en Medicina y Cirujía, simultaneando sus estudios con los de Farmacia, de cuya facultad también hizo el doctorado.

Cumplió el Servicio Militar e ingresó en el Cuerpo de Sanidad con el grado de Teniente, licenciándose al cumplir los tres años prescritos.

Fue uno de los fundadores del Colegio de Farmacéuticos de La Coruña, del que fue presidente. Fundó la farmacia de la Plaza de Pontevedra, esquina a la calle Juana de Vega, de La Coruña. Durante el año 1915, estuvo al frente del Centro Instructivo Municipal de Betanzos, supliendo a su tío Don Francisco Javier Martínez Santiso como director por hallarse éste en Madrid de oposiciones, cesando en el año 1920 al hacerlo el titular. Falleció en Guitiriz el 14 de agosto de 1931, a las 9 de la noche, siendo enterrado el día 15 en La Coruña.

Miguel Baena Martínez era nieto de médicos. Su abuelo paterno, Don Miguel Baena, ejerció en varios pueblos de la provincia de Zamora, y su abuelo materno, Don Manuel Martínez Vega, hijo también de un médico, fue uno de los primeros médicos salidos del Colegio de San Carlos de Madrid, y se estableció en Betanzos, aunque ejerció poco porque no era de su gusto, y se dedicó al comercio y tráfico.

En Betanzos vivió Miguel sus primeros años, hasta que su padre, oficial de Telégrafos, pasó a Santiago por ascenso. En esta ciudad Miguel, que contaba ya con ocho años (1896), ingresó en el Instituto de Segunda Enseñanza, donde cursó el Bachillerato, que terminó en junio de 1901, a los 13 años. A tan corta edad, eligió la carrera de Medicina, pero su padre se opuso a que cursase el preparatorio de la facultad de una sola vez, obligando al novel estudiante a repartirlo en dos cursos. Finalmente estudió la carrera de su vocación por enseñanza oficial, y paralelamente la de Farmacia por libre, pero asistiendo cuando el tiempo se lo permitía, a prácticas y ejercicios, aprovechando incluso los períodos de vacaciones.

No hace falta ponderar el esfuerzo realizado, tanto en la segunda enseñanza, como en la asimilación de los conocimientos facultativos, en los que desplegó aplicación e



inteligencia extraordinarios. Y todavía encontraba tiempo para cultivar amorosamente las Bellas Artes, en cuya práctica alcanzó merecidos premios de dibujo artístico en los centros oficiales compostelanos.

Fue alumno agregado voluntario de Clínica Médica en la Universidad de Santiago, desde el 6 de julio de 1906 al 30 de junio de 1909, fecha en que fue nombrado oficialmente alumno interno. En junio de 1909 recibió los grados de licenciado en Medicina y licenciado en Farmacia, cuando solamente tenía 21 años.

Llegado el tiempo de cumplir el servicio militar, solicitó el ingreso como médico provisional de Sanidad Militar, siendo destinado como teniente médico al Hospital de Granada, de donde pasó a Valencia, y más tarde a Gerona, causando baja en 1912, al cumplir los tres años del servicio obligatorio, puesto que, aunque descansada y llevadera, no le era grata la vida de militar, que no le permitía satisfacer sus afanes de investigación científica. A pesar de todo, en el período castrense, aprovechaba sus ratos de ocio en el estudio y entretenimiento artístico-arqueológico dibujando no pocos monumentos arquitectónicos.

En 1913 se doctoró tanto en Medicina como en Farmacia, cursando en Madrid con notoria aplicación, y sin otra dificultad que cierta natural propensión a desligarse de las inmoralidades entonces reinantes en las "Memorias", revelándose contra artificios incompatibles con su honradez y buena fe.

Tal como lo fuera su padre y otros parientes, fue profesor de segunda Enseñanza en el Colegio Municipal de Betanzos, por mera complacencia y en ocasión y tiempo como se ha indicado con anterioridad. Explicó algunas materias de la sección de Ciencias, y regentó también las clases de Dibujo. Sentía gran afición por la enseñanza, bien que su carácter amable, dulce y obsequioso, no le facilitaba la labor docente.

Como médico, atendió a su padre en su íntima enfermedad, al igual que a su madre que falleció posteriormente, desplegando en tan amargas horas paciencia infinita, y un amor y un cariño muy grandes. Ya huérfano, los recuerdos de sus mayores le obsesionaban, y se dedicó a pintar y reproducir retratos de sus ascendientes. Los cuidados dedicados a los autores de sus días en los críticos momentos de su deceso, así como otras preocupaciones y pesares de carácter familiar motivaron su estado morbozo, más bien espiritual que corporal, y en el que tanto las energías propias del trabajo intelectual, como las afectivas, experimentaron un aplazamiento volitivo y una gran nostalgia íntima.

Durante los dos lustros y poco más en que regentó su farmacia sita en la calle de San Andrés, esquina a la de Juana de Vega, de La Coruña, no cesó su actividad en todos los órdenes, aun cuando no trascendiese al exterior. Pero tal exceso de sujeción a que se sometía, obraba como un letal veneno, que no sólo motivaba su entristecimiento, sino que lo iba agotando, tanto más cuanto que, en su innata bondad y afabilidad que degeneraba en una casi mansedumbre, siempre se proponía complacer a todos y procuraba realizarlo todo por sí mismo y sin ayuda ajena.

No conociendo su afección, y al mismo tiempo el temerla en demasía, eran motivo de que cualquier disgusto o contrariedad repercutiera en su estado anímico, y su actividad interna causaba una inercia exterior que le incapacitaba para un cambio de postura en el orden vital.

Retirose a su domicilio particular, trasladándose posteriormente a Gutiriz, donde se instaló, puesto que allí encontraba quietud, paz y alivio, aun cuando el clima desfavorable gran parte del año resultaba inadecuado y funesto para el restablecimiento de sus males. Allí le sorprendió la muerte cuando menos lo esperaban todos.

El hombre no es dueño de sus destinos. □